

# **Antropólogos nativos en la Argentina. Análisis reflexivo de un incidente de campo.**

*Rosana Guber*

*Univ. de Buenos Aires*

RESUMO: El análisis de un incidente de mi trabajo de campo con veteranos argentinos que participaron en el conflicto del Atlántico Sur entre Argentina y Gran Bretaña (1982), permite profundizar mi objeto de investigación, las memorias sobre Malvinas, y sobre el debate antropológico tradicional referido a los “antropólogos nativos”. Me propongo mostrar que el trabajo de campo es un proceso de conocimiento de la realidad social; que para la antropología, parte importante de ese proceso de conocimiento se produce en el encuentro entre investigador y sujetos de estudio en el campo, cuando se analiza como reflexiva a la realidad social, cuando se hace extensiva la reflexividad a las situaciones de campo, y cuando el investigador se convierte en su propio informante.

PALAVRAS-CHAVE: reflexividade, pesquisa de campo, relação sujeito-objeto, guerra das Malvinas, Antropologia Argentina.

En este artículo sostendré que el trabajo de campo es un proceso de conocimiento reflexivo de la realidad social que, para la antropología, se produce de manera crucial en los encuentros entre investigadores y sujetos de estudio. La incorporación controlada de la reflexividad, entendida más como condición de la realidad social que como atributo individual del investigador o como premisa de ciertas líneas teóricas de investigación, tiene consecuencias tanto en la práctica y el conocimiento sociales, como en la práctica y el conocimiento de la Antropología. Examinaré algunas de estas consecuencias analizando un incidente de mi trabajo de campo con veteranos argentinos que participaron en el conflicto armado argentino – británico de 1982. Este trabajo de campo fue realizado en el contexto de una investigación sobre los conceptos y prácticas de la nacionalidad argentina a través de la memoria histórica de la guerra por la soberanía en disputa de los archipiélagos australes de Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur, y que en la Argentina se conoce como “la Guerra de Malvinas”. De qué nos sirven a los investigadores sociales las vicisitudes ocurridas en el campo? Por qué remover las emociones que en su momento suscitaron, en vez de “seguir adelante” con la investigación? Tales son los interrogantes que intentaré responder en estas páginas.

Los investigadores podemos transformar episodios en apariencia anecdóticos y personales en instancias de conocimiento, aplicando a lo ocurrido el mismo tratamiento que daríamos a materiales más convencionales. Porque esta opción, lejos de proponer el uso de la legitimidad académica para “hacer gala de un espíritu narcisista”, apunta a descubrir cuánto comparte el/la investigador/a con la realidad social que estudia, y en qué medida puede contribuir a su esclarecimiento al reconocer estos elementos compartidos.

El caso que presento aquí tiene interesantes derivaciones en el clásico debate disciplinar sobre el “antropólogo nativo”, en la construcción argentina de la nacionalidad, y en qué significa ser “nativo” en la Argentina. A continuación expondré el incidente de campo, daré un breve panorama sobre las discusiones acerca del “antropólogo nativo”, y analizaré etnográficamente el incidente de campo adoptando una determinada perspectiva de la reflexividad.

## Mi último 2 de abril

En la mañana del viernes 2 de abril de 1982, y bajo la tercer administración militar del Proceso de Reorganización Nacional (PRN) iniciado el 24 de marzo de 1976, los argentinos supimos del desembarco de fuerzas de la Armada y el Ejército en las costas de la Isla Soledad (Malvina oriental), de la toma de la casa del gobernador, y del apresamiento de las autoridades civiles y militares británicas de las Falkland Islands<sup>3</sup>. La misión tenía por finalidad “recuperar”<sup>4</sup> el archipiélago que entre 1820 y 1833 perteneció efectivamente al gobierno de Buenos Aires, y que fue invadido y apropiado por Gran Bretaña el 2 de enero de 1833. Desde entonces los sucesivos gobiernos de Buenos Aires, primero, y de la República Argentina, después, han presentado protestas formales ante el Reino Unido y, desde 1945, ante las Naciones Unidas, reclamando vana pero ininterrumpidamente el derecho argentino al archipiélago en el Atlántico Sur.

El intento de recuperación tuvo lugar, entonces, 149 años después de la “usurpación”. Participaron en ella militares profesionales de las tres fuerzas armadas (FF.AA) – Ejército, Marina o Armada, y Aeronáutica – dentro de las cuales revistaban civiles varones de casi todas las provincias del país, que cumplían con el servicio militar obligatorio, instaurado en la Argentina en 1901. Por primera vez en el siglo XX, el país se había involucrado como protagonista principal de un conflicto armado y, también por primera vez, civiles conscriptos participaban junto a tropas profesionales enfrentando a otro Estado.

Tras la rendición argentina ante el comandante de operaciones terrestres de la Task Force británica, el 14 de junio del '82, los argentinos prisioneros regresaron al continente bajo estricta vigilancia inglesa y con la supervisión de la Cruz Roja internacional. Una vez dados de baja, algunos ex-conscriptos comenzaron a reunirse informalmente, luego a formar asociaciones de “ex-combatientes” en los ámbitos locales de residencia, y finalmente a extender sus organizaciones a otros pueblos y ciudades, a la región, y al territorio nacional. Su objetivo inicial era aliviar la pesada car-



ga del “reingreso a la sociedad” y compartir las duras vivencias de la contienda y de la postguerra. Prosiguieron luego presentando y exigiendo la sanción de leyes de reparación económica y moral a los heridos físicos y psíquicos, y a quienes hubieran participado directamente en el teatro bélico, reivindicando así el reconocimiento general y oficial a su lugar en la defensa de una causa considerada como justa por la amplia mayoría de los argentinos.

Desde entonces y cada 2 de abril, las organizaciones de ex-soldados recuerdan públicamente la recuperación de las Islas Malvinas, a pesar de que el primer gobierno constitucional posterior al PRN, del Radical Raúl Alfonsín instauró como día feriado no el 2 de abril sino el 10 de junio, fecha conmemorativa establecida pero no observada antes de 1982, como el “Día de la Soberanía argentina en las Malvinas, Islas del Atlántico Sur, y Sector Antártico”<sup>5</sup>.

Pues bien. Era la tercer conmemoración de la toma argentina de las Islas Malvinas que iba yo a presenciar en Buenos Aires. Tras dos años de trabajo de campo, ésta sería probablemente mi última asistencia en calidad de investigadora, cerrando un ciclo en el mismo punto que lo había iniciado: un acto por el 2 de abril convocado por Carlos y otros militantes de la que ellos llaman “causa de Malvinas”. Entre mi primer encuentro y esta ocasión, Carlos se había transformado en dirigente de una importante organización de ex-soldados de Malvinas, el CAVIM (Centro Argentino de Veteranos de las Islas Malvinas<sup>6</sup>). Por su mediación y ayuda conocí a militantes nacionalistas y malvineros, a ex-soldados y personal militar que habían participado en el conflicto del Atlántico Sur. Sin embargo, sólo alcancé a mantener con él dos breves y casuales entrevistas; los desencuentros en citas convenidas se debieron a sus otras ocupaciones y a mis frecuentes viajes. La relación se limitó a visitar la sede del CAVIM y a asistir a los actos públicos que convocaba su organización.

Cada 2 de abril en la Capital Federal, el CAVIM organizaba desfiles de los cuales participaban veteranos del “interior”. Esta vez, por ejemplo, las delegaciones desfilarían hasta el “Monumento a los Caídos en el Atlántico Sur”<sup>7</sup>, en la Plaza General San Martín, partiendo de la Plaza de Mayo, centro político capitalino y nacional, después de una misa en la Catedral metropolitana.



Llegué al lugar veinte minutos antes de empezar el acto, dispuesta a reencontrarme con quienes hacía meses – algunos un año – no veía, Carlos y sus colaboradores entre ellos. Avanzaba por la rampa de acceso a la Catedral cuando buscó saludarme uno de ellos. Encontré luego a la esposa de Carlos y la saludé con un beso, a pesar de su actitud distante. Mientras cruzaba “Holas” con otros presentes, en voz bien alta ella comentó: “están llegando los service!”. Miré hacia la rampa adonde ella miraba, pero sólo vi fotógrafos, policías, transeúntes y ex-soldados. Como nadie me dio pie para quedarme charlando, me fui al umbral de la Catedral cuando apareció Carlos uniformado de verde. Aunque no lo veía desde el año anterior, no mostró demasiado entusiasmo por el reencuentro, y siguió con sus preparativos. Me consolé pensando que tendría mucho que hacer y que yo le resultaba una cara “irrelevantemente familiar” o, como diría Malinowski, un “mal necesario”. Subía a la entrada a esperar que ingresaran las delegaciones provinciales, cuando la mujer de Carlos se me acercó y me dijo:

–“Mirá: vos mantenete lejos de los ex-combatientes y de mi mario, porque no queremos gente de inteligencia en el Centro. Y cuidate, porque si no vas a perder tu trabajo en inteligencia”.

Perpleja, sólo pude decirle “Pero vos estás en pedo (loca)?”, pero se fue sin escucharme.

Henos aquí con uno de esos momentos que los antropólogos tanto tememos, la amenaza latente de toda investigación: que no nos quieran!, no “ingresar”, y si hemos ingresado, que de un día para otro se nos declare ‘persona non grata’ y debamos irnos. El problema no es tanto no poder iniciar o completar el trabajo, ni cómo dar cuenta entonces de lo no-realizado a las agencias financiadoras, a la universidad, y a los colegas. El problema más acuciante es que el no ingreso o la expulsión nos cuestiona hasta nuestras fibras más íntimas. Depositamos la legitimidad de nuestro saber en los cursos de teoría y metodología, y creemos que con ese bagaje podremos alcanzar otros ámbitos, otras gentes, mostrarnos y parecer dúctiles y accesibles. Lo que nos jugamos en el campo, cada uno en su solitaria y frecuentemente incomprensible individualidad, es más, mucho

más que lo académico: es la utopía de creernos social y culturalmente solidarios, amplios y distintos del común de la gente; estamos dispuestos a escuchar y a entender lo que otros no escuchan ni entienden. Aquí, creemos, reside nuestro maravilloso don: en poder “ganar el campo”<sup>8</sup>. Y cuando sobreviene un “desastre” lo rumiamos durante días, y se nos vuelve una obsesión que nos humilla y avergüenza cada vez que brota a la conciencia, obligándonos a resignificar nuestra devoción antropológica y forzándonos a preguntarnos cual fue nuestro error y si “hemos nacido para esto”. Obstáculos similares abundan en la disciplina, pero sólo se exponen cuando es posible contar cómo se ha superado una “gaffe” cultural del investigador o un malentendido de sus informantes acerca de su rol. Es posible que este incidente tenga algo de ambas, pero mi análisis recorre otro camino.

Apenas se fue la mujer de Carlos pensé que por fin sabía qué pensaban de mí, y el porqué de aquella indiferencia. Pero no entendía cómo, al cabo de tanto tiempo, Carlos y ella estaban tan seguros de mi doble identidad. Había creído que el margen de duda inicial se revertiría al carecer ellos de pruebas fehacientes. Si bien sabía que los ex-soldados guardaban cierta desconfianza de mí, supuse que ésta se atenuaría con el tiempo, mi trabajo y mi conducta, como enseñan los manuales de métodos y técnicas<sup>9</sup>. Además, Carlos había cursado dos años de la carrera de Antropología y teníamos conocidos en común. Me había escuchado presentarme a él y a otros varias veces: investigadora del CONICET, docente de la Universidad, alumna de un doctorado en EE.UU., y nunca lo había objetado. Dónde estaba entonces el problema?

Aturdida, me sentí petrificada como otra columna de la Catedral. Dudé qué hacer sin reaccionar, ni ver, ni escuchar. Me recordé a mí misma que estaba allí para registrar un 2 de abril, conmemoración de la recuperación argentina de las Malvinas. Después de todo no tenía nada que ocultar, ni de qué avergonzarme, pero aunque decidí continuar con lo que tenía previsto, pude poco desde mi deprimente estado de ánimo con el cual acompañé el resto del acto en otra sintonía. Mi única capacidad de regis-



tro se abocó a las generalidades y a efectuar, de manera espontánea, un veloz relevamiento sobre otras reacciones (de aceptación o rechazo) de los demás hacia mí, relevamiento que comenzó estando yo de pie al fondo de la Catedral. No era la primera vez que asistía a un oficio católico como “observadora plena”<sup>10</sup>, pero mi ascendencia judía nunca había sido objetada por los veteranos, militares o civiles. En todo caso, estaba más preocupada por la acusación explícita de la mujer de Carlos: cualquier gesto me parecía un indicio crucial (uno es puro Goffman en estas circunstancias!). El incidente me había hiper-sensibilizado y me auto-observaba mis actos como si me colgara la campanilla medieval de los leprosos ... más que el Magen David de los hebreos: toda pregunta mía más allá del “—cómo andás?” podía confirmar “mi espionaje”.

Así transcurrió la marcha y el acto final. Otro veterano me presentó a una joven estudiante que se había acercado “para conocer la situación de los ex-combatientes”. Mientras él se alejaba con los suyos, me quedé conversando con ella y fui, irónicamente, la última en irme de donde me habían echado.

## **Ventajas y desventajas de ser un antropólogo nativo**

Desde una perspectiva metodológica y técnica tradicional en las ciencias sociales, lo ocurrido debería interpretarse como un obstáculo a la investigación: o yo me había equivocado, o Carlos y su mujer no eran “buenos informantes”. La solución sería, según esta perspectiva, sobreponerse al traspié, seguir con quien desee ayudarnos, cambiar de tema o, como solemos hacer los antropólogos, mudarse ‘de localidad’. Pero estas soluciones prácticas soslayan la cuestión teórico-metodológica acerca de cómo y dónde producimos conocimiento los antropólogos, y qué lugar tiene en dicho proceso lo que sucede en el campo. Al esquivar el problema contribuimos a consolidar la ficción fundacional pero oculta del trabajo de campo antropológico: que el etnógrafo sea -y deba ser— extraño a la realidad



que estudia, de donde tarde o temprano partirá, hace que su experiencia de campo sea sólo un simulacro de convivencia. Su transitoria presencia en la “aldea” y sus concesiones ante formas de vida muy distintas de las suyas, le permiten superar los contratiempos y “seguir con su trabajo”. Este posicionamiento, que ha merecido la mirada crítica de algunos autores en volúmenes o artículos dedicados a narrar los avatares del campo<sup>9</sup>, lleva implícita otra cuestión: qué tipo de conocimiento genera un incidente como éste? Y cómo podemos interrogarlo?

Cuando, casi compulsivamente, decidí “escribir algo” sobre lo ocurrido, comencé a preguntarme el por qué de la expulsión. Lo mismo hice en una ronda de consultas a otros veteranos y colegas que me dieron sus pareceres, pero en todas sus respuestas pude reconocer un patrón similar que no decía más que lo que yo, como ciudadana argentina, podía esperar. Obviamente, me resultaba imposible – y vano – sumergirme en las honduras psicológicas de la mujer de Carlos para conocer las verdaderas causas de su reacción. La cuestión, entonces, no era preguntar “por qué” me habían expulsado, sino primero “cómo” lo habían hecho y, segundo, qué podía aprender yo del episodio para mi investigación. Como mi objeto de conocimiento trataba sobre la memoria histórica de la nacionalidad, decidí interrogar sobre esto al incidente. Pero esa interrogación requería dos mediaciones: una, que me hablara del lugar de la nacionalidad en la metodología etnográfica de campo (la que yo practicaba), y otra, que me explicara cómo vincular la realidad social que encontraba en el campo y la mía propia, con los términos teóricos de mi investigación. La primera mediación la busqué en el debate sobre el “antropólogo nativo”; la segunda, en los conceptos y usos de “reflexividad”.

Fue Bronislaw Malinowski, con su prosa naturalista, quien estableció el conocimiento del “punto de vista del nativo” como definitorio del “metier” del antropólogo (1922). Desde fines del siglo XIX, la antropología se había volcado al estudio intensivo de culturas diversas a la del investigador, identificándose a ésta con la cultura euro-occidental propia de los esta-

dos-nación industrializados del 'centro' mundial: la diversidad de Otros contrastaba con homogéneos Sí Mismos (o acaso no daba igual que Malinowski fuera polaco o inglés?). El trabajo de campo basado en la estadía prolongada y en la interacción directa cara-a-cara con los "miembros de una cultura", se transformó en la experiencia más totalizadora y distintiva de los antropólogos, el lugar de la producción de su saber, y el medio de legitimarlo. El conocimiento del Otro redundaría en el conocimiento no etnocéntrico de la sociedad humana en su plural unidad, siempre que se observen ciertas premisas: distanciamiento geográfico y cultural; soledad de sentidos familiares; tabla rasa valorativa y una (casi) completa resocialización para acceder al punto de vista del nativo con el único presupuesto admisible: el de la Ciencia Natural<sup>12</sup>.

Un profundo cuestionamiento a esta postura resultó de la encrucijada histórica de fines de los 60. Con la caída del orden colonial que había engendrado la experiencia antropológica, se inició un nutrido debate acerca de la pertinencia de "hacer antropología" en la propia sociedad. Los nuevos gobiernos contaban ya con sus propios intelectuales, muchos de ellos entrenados en las academias centrales; además, los antropólogos metropolitanos no eran ya bienvenidos en las ex-colonias<sup>13</sup>. Y lo que hasta entonces había sido una situación de hecho (irse lejos, donde se encontraba el salvaje en su ambiente natural), se convirtió en objeto premeditado de justificación teórico-epistemológica. Quienes, por un lado, abogaban por una antropología en contextos exóticos, en su mayoría provenientes de la academia occidental, argumentaban que el contraste cultural promueve la curiosidad y la percepción, garantiza un conocimiento científico neutral y desprejuiciado, y que el desinterés en competir por recursos locales resulta en la equidistancia del investigador extranjero con los distintos sectores que componen la comunidad estudiada<sup>14</sup>.

La definición malinowskiana planteaba ciertas contradicciones entre una perspectiva naturalista y el aprendizaje del punto de vista nativo, pues si el fin del antropólogo es conocer ese punto de vista, no abrevia acaso el



nigeriano – trabajando en Nigeria – o el francés – trabajando en Francia – el camino a recorrer? Quienes auspiciaban la investigación en la propia sociedad afirmaban que una cosa es conocer una cultura, y otra haberla vivido<sup>15</sup>; que el shock cultural es un obstáculo innecesario y, además, una metáfora inadecuada que reemplaza con una desorientación artificial y pasajera lo que debiera ser un estado de desorientación crónica y metódica o de extrañamiento<sup>16</sup>, y que estudiar la propia sociedad tiene varias ventajas: el antropólogo nativo no debe atravesar los complicados vericuetos para acceder a la comunidad, ni demorar su focalización temática, ni aprender la lengua nativa, que un extraño conocerá siempre imperfectamente<sup>17</sup>; su pertenencia al grupo no introduce alteraciones significativas, lo cual contribuye a generar una interacción más fluída y propicia para la observación participante; el antropólogo nativo rara vez cae presa de los estereotipos que pesan sobre la población pues está en mejores condiciones para penetrar la vida real, en vez de obnubilarse con las idealizaciones que los sujetos suelen presentar de sí<sup>18</sup>.

Apesar de su oposición aparente, ambas posturas coinciden en que los antropólogos extranjeros o los nativos pueden reconocer lógicas y categorías locales, asegurándose un acceso no mediado al mundo social, sea manteniendo la distancia, como pretenden los ‘externalistas’, sea fundiéndose con la realidad que estudian, como dicen los ‘nativistas’. El empirismo ingenuo que subyace a las afirmaciones de quienes abogan por una antropología nativa con tal de lograr una menor distorsión de lo observado y una mayor invisibilidad del investigador en el campo, es casi idéntico al de quienes sostienen que sólo una mirada externa puede captar lo real científica y desinteresadamente. Las ilusiones positivistas y naturalistas han sido examinadas por varios autores<sup>19</sup>.

Del debate ha quedado, sin embargo, la puesta en cuestión del lugar de la “persona” del investigador en el proceso de conocimiento. En tanto que principal instrumento de investigación y término implícito de comparación intercultural, el etnógrafo es además de un ser académico, el miembro de una sociedad. Las primeras elaboraciones acerca de la coexistencia entre



ambas dimensiones en el curso de la investigación provinieron, no casualmente, de antropólogos cuyas personas sociales eran subalternas en sus respectivas sociedades. Las elaboraciones de mujeres y miembros de las llamadas “minorías”<sup>20</sup> plantean críticamente no sólo la incorporación de la persona del investigador al producto de la investigación sino, precisamente, los límites de la “natividad” en sociedades supuestamente democráticas y homogéneas. En qué medida, por ejemplo, un investigador negro de clase media norteamericana es “nativo” en una nación escindida por el racismo?<sup>21</sup> O una antropóloga feminista que estudia los movimientos pro y anti-abortistas, es nativa sólo por compartir la nacionalidad de los miembros de ambos grupos?<sup>22</sup> O una descendiente de emigrantes japoneses<sup>23</sup> o Indios<sup>24</sup> es nativa del Japón o de la India? El antropólogo indio M.N.Srinivas podía indagar en los sistemas de producción agrícola, no en el sistema de castas siendo él Brahmán<sup>25</sup>.

Preguntar sobre “lo obvio” puede crear animosidad. Trabajar con sectores sociales y políticos antagónicos a los del investigador puede levantar sospechas en su grupo de pertenencia (familiar, político, etc) y derivar en su marginación. El antropólogo nativo está inserto en una red de relaciones que lo vinculan al panorama que va a estudiar de tal modo que no puede fingir desconocer sus reglas<sup>26</sup>. En suma, las categorías de “nativo y extranjero” no están dadas: su sentido proviene del contexto histórico y cultural específico de cada investigación. Pero, cómo descubrir ese sentido?

## Una mirada reflexiva

Algunos autores han calificado al trabajo de campo como diálogo y negociación que el texto etnográfico homogeneiza y silencia. Por eso la llamada “etnografía experimental”<sup>27</sup> intenta destacar las voces de resistencia y oposición del Otro al Sí Mismo, del Resto a Occidente, evitando que la pluma del investigador calle el disenso y lo anule para siempre<sup>28</sup>. Esta vertiente se ha dedicado a rescatar el Sí Mismo del etnógrafo, su persona socio-cultural (como Mujer, Euro-norteamericano, *halfy*<sup>29</sup>) de la tentación mimética con el

campo y de la tendencia estereotipadora de Occidente<sup>30</sup>. Es el etnógrafo quien al describir constituye lo real, aunque el mundo real siga allí para ser interpretado. Según esta acepción de la reflexividad, el etnógrafo despliega su autoconciencia en el texto, introduce múltiples voces sin subsumirlas a la propia, y explica cómo ha construido lo real en su argumento<sup>31</sup>. Sin embargo, como nota Graham Watson, esta visión no desafía a la ontología realista, pues no concibe lo real como coproducido por investigador e investigados. La recuperación teórica de la plurivocalidad sigue pendiente.

El concepto de reflexividad proveniente de la etnometodología aspiraba a poner fin a las pretensiones positivistas de la invisibilidad del investigador en el campo, de la exhumación automática de la perspectiva de los actores, y de las garantías absolutas de veracidad y neutralidad en la obtención de la información a través de instrumentos técnicos de vasta complejidad. Esta noción de reflexividad se contrapone tanto a la teoría de la correspondencia, según la cual un informe de la realidad reproduce (o corresponde a) la realidad ‘tal cual es’, como a la constitución subjetiva de la realidad social. Según han mostrado Harold Garfinkel (1967) y sus continuadores, los análisis de la realidad social y la realidad descripta se constituyen mutuamente, porque esas descripciones (accounts) “están hechas de expresiones cuyo sentido deriva del ámbito” descripto<sup>32</sup>. La reflexividad no es cualidad sólo de algunos enunciados, prácticas, o líneas teóricas, sino de toda realidad social, incluyendo a la académica<sup>33</sup>. Tanto las descripciones e interpretaciones analíticas como las del sentido común, son contexto-dependientes (indexicales), no inmanentes ni exteriores a lo que describen e interpretan. Los recursos académicos para establecer el vínculo entre investigador y sujetos de estudio – técnicas, métodos, etc. – son, para una antropología reflexiva, más que una mera herramienta para conocer a los sujetos, el lugar mismo donde se produce ese conocimiento. Parafraseando a Gadamer, el trabajo de campo no es un método sino “el proceso ontológico del discurso humano en operación, en el cual ... ‘la vida media a la vida’”<sup>34</sup>. Por eso no basta con declarar las técnicas em-



pleadas, la extensión de la estadía, y narrar aquí y allá alguna anécdota. Es imprescindible integrar analíticamente esas instancias al objeto teórico de la investigación, porque aquéllas nos hablan de él<sup>35</sup>.

Ni el investigador es un observador externo a la realidad que estudia, ni los sujetos ni el investigador “están” en un lugar no-interpretado. Marilyn Strathern define a la “auto-antropología” como aquella “que se lleva a cabo en el contexto social que la ha producido”<sup>36</sup>. La cuestión no es si las credenciales del investigador coinciden con las de los informantes, sino saber “si existe continuidad cultural entre los productos de su labor y lo que la gente en la sociedad estudiada produce en términos de explicaciones de sí misma”<sup>37</sup>. Strathern propone el concepto de “reflexividad conceptual” que no se limita a un despliegue de la sensibilidad individual del investigador, sino que concierne al “proceso antropológico de ‘conocimiento’ (que) se erige sobre conceptos que pertenecen también a la sociedad y cultura bajo estudio”<sup>38</sup> que el investigador proceda del mismo mundo social que los sujetos no garantiza que sea capaz de identificar las discontinuidades entre la comprensión indígena y los conceptos analíticos, ni que adopte los géneros culturales apropiados para expresar su interpretación<sup>39</sup>.

Aplicar esta perspectiva al incidente me permitió develar parte de mi perplejidad, no para acceder a las razones íntimas y personales por las cuales Carlos y su mujer obraron y pensaron como lo hicieron (p.e., fines políticos, celos personales), sino porque me ayudó a entender el sentido de la acusación con la cual ellos me hacían partícipe de sus memorias del 82, poniendo de manifiesto su concepto de Malvinas y de la Nación Argentina. Asimismo, al verme acusada mientras hacía trabajo de campo en mi propio país y sobre mi propia nacionalidad, pude revisar qué es, en la Argentina, ser un antropólogo nativo. Pero para esto necesité prestar atención al contenido del discurso acusador y al contexto que resultó del incidente. Era ese contexto, producto de mi mundo social y el de los sujetos de mi investigación, el que daría nuevo sentido a las categorías de ‘nativo’ y de ‘extranjero’ que yo traía conmigo; era esa tercera instancia gestada



en el encuentro etnográfico en el campo<sup>40</sup> la que me permitiría comprender, más cabalmente, cómo los argentinos recordamos Malvinas.

## **La reflexividad de un incidente**

El incidente comenzó, aquel 2 de abril, con una orden (“mantenete lejos de los ex-combatientes y de mi marido”), una acusación (yo era “gente de inteligencia”) y una amenaza (“cuidate” que vas a perder tu “empleo”) que transitaban de una esposa a una mujer, en un acto público de hombres.

Mi primera sorpresa fue la evidente (al menos, para mí) falsedad de la acusación. Podía entender la sospecha, pero no que se expresara como un hecho confirmado. Como ciudadana argentina recordaba que “los servicios” eran una temible y oscura rama del Estado dedicada a la contra-insurgencia y a la persecución política. Mis recuerdos se remontaban al clima latinoamericano propio de la mundialización de la Guerra Fría, cuando la Doctrina de Seguridad Nacional comenzó a predicar desde la segunda mitad de los años 50, la ubicuidad de los campos de batalla entre el “imperialismo capitalista” y el “comunismo internacional”, y la internalización de los conflictos hemisféricos también en la Argentina<sup>41</sup>. Con la sucesión de períodos represivos y proscriptivos, antropólogos y científicos sociales argentinos fueron visualizados por los regímenes de facto como agitadores de izquierda contra ‘el orden constituido’, y tratados en consecuencia.

Pero esta imagen era incongruente con las palabras de la mujer de Carlos, que me hacían objeto de una acusación tradicional a los antropólogos<sup>42</sup>, pero no en la Argentina sino en Asia, Africa y América Latina ni bien se establecieron las áreas de influencia Este-Oeste tras la Segunda Guerra Mundial: pertenecer a un servicio de inteligencia internacional. Más aún, luego de las violentas guerras de liberación de los nuevos países asiáticos y africanos, el “agente de inteligencia” se transformó en un argumento corriente para ahuyentar a los antropólogos extranjeros<sup>43</sup>. Pero tampoco era éste mi caso, no sólo porque se me había dado inicial colaboración, sino porque sabiéndose desde el principio que yo había estudiado en los

EE.UU., no se me identificaba como agente de la CIA o alguna entidad similar, sino como del Servicio de Inteligencia del Estado (SIDE).

Vale la pena aclarar que por las características del trabajo de campo etnográfico, con su observación participante y entrevistas no directivas, es bastante lógico y por eso tan frecuente identificar a los antropólogos con las redes de espionaje. Pero esta similitud suele plantearse al principio, no al finalizar la investigación.

La segunda incongruencia fue que mi expulsión estuvo a cargo de una de las pocas mujeres de esa organización de hombres, aunque yo hubiera tratado siempre y principalmente con ellos. No sólo se me expulsaba: me expulsaba una mujer a quien – como toda mujer – yo había percibido como subalterna en el centro<sup>44</sup>. Intimamente, califiqué el suyo como un ataque de celos, como una iniciativa individual o un capricho “de género” contra una posible competencia femenina en su campo de acción. Pero esta explicación no era convincente, porque en nuestros primeros encuentros la mujer de Carlos había tenido una actitud amigable, y porque yo no frecuentaba el centro ni a su esposo desde hacía mucho tiempo. Interpretar el incidente como “un ataque de celos femeninos” requiere aún otra pregunta: por qué serían los celos una forma legítima y creíble de promover mi alejamiento? Y por qué la mujer de Carlos expresaría sus celos en términos de espionaje oficial?

Una tercer incongruencia fue que quien pretendía mantener alejados del centro a “los servicios”, me amenazaba con perder mi supuesto trabajo. Pero cómo haría ella para que su amenaza fuera plausible, sin contar simultáneamente con algún acceso cierto a mis “empleadores”? Al cabo de la amenaza yo no sabía si quien me hablaba lo hacía en calidad de adversaria o representante de “inteligencia”.

En suma, una falsa acusación que vi plagada de contradicciones sólo me permitió, en ese momento, contraargumentar que ella estaba “en pedo”, pero sospeché que había algo más, por lo que intenté analizar ciertos aspectos del acto en relación a mi incidente.

Ese acto del 2 de abril era público. Cualquiera (incluso yo) podía asistir. La invitación por afiches ubicados en los puntos más concurridos de



Buenos Aires sugería que se aspiraba a reunir un público masivo y popular al que la dirigencia supone más consustanciado con el ideal de Malvinas, que las clases medias y altas. Pero más que la mera convocatoria, los militantes ven a estos actos como vehículos de “malvinización”, generadores de conciencia nacional. La malvinización apunta en especial al porteño de quien los veteranos recuerdan su frágil memoria y veloz pasaje de la euforia inicial del 2 de abril, día de la recuperación, a la indiferencia posterior al 14 de junio, día de la rendición.

A diferencia de otras localidades del país, desde 1983 y cada 2 de abril Buenos Aires se transforma en sede de varios actos simultáneos convocados por distintos centros de ex-soldados. Estas ceremonias presentan algunas diferencias pero contrastan más marcadamente con los actos oficiales por Malvinas<sup>45</sup>. En primer lugar, y es el caso del CAVIM<sup>46</sup>, los veteranos se presentan como los “Protectores de la Argentina”<sup>47</sup>, según dice la letra de una marcha compuesta luego del conflicto y que los veteranos suelen entonar, adoptando una postura militante en la cual los observadores se transforman en participantes<sup>48</sup>. En segundo lugar, salvo excepciones, estos actos no siempre cuentan con el respaldo y la infraestructura oficial, p.e., para la iluminación nocturna del Monumento, para obtener la asistencia de la banda de música militar que acompañará al desfile, y en el acto final tocará el minuto de silencio y el himno nacional<sup>49</sup>. Esta diferenciación también alcanza a las FF.AA., pues los actos tampoco cuentan con presencia militar uniformada<sup>50</sup>. Tercero, los actos tienen una localización témporo-espacial diferente, pero complementaria, a la de los actos del Poder Ejecutivo, pues suceden fuera del horario de trabajo (generalmente al anochecer), en espacios públicos de la Ciudad de Buenos Aires, fuera de ámbitos castrenses<sup>51</sup>.

Esa localización fue particularmente elocuente aquel 2 de abril. La celebración consistió en una secuencia de eventos organizados en fases progresivas con ubicaciones móviles, y con participación diferencial de sus integrantes. Empezaba con una misa en la Catedral, donde los veteranos ocupaban un sitio preferencial frente al altar; seguía con un desfile, cuyo



cuerpo conformaban las delegaciones provinciales de ex-soldados, con simpatizantes y familiares detrás; y finalizaba con un acto ante el Monumento a los Caídos en el Atlántico Sur, en la Plaza San Martín – frente a la Torre de los Ingleses<sup>52</sup>– donde los ex-soldados ocuparon el pequeño escenario, pronunciaron discursos, integraron el grueso del auditorio e hicieron la ofrenda floral. El desfile partió de la Catedral, bordeó la Plaza de Mayo, pasó por el Ministerio de Acción Social, el de Economía, la Casa Rosada – sede del Poder Ejecutivo Nacional –, el Edificio Libertador – el Comando en Jefe del Ejército –, bordeó el centro financiero porteño y llegó al barrio de Retiro, a dos cuadras de la Cancillería, tres del Círculo Militar del Ejército, y cinco del Centro Naval y de la Fuerza Aérea. El desfile transitó por el Poder Ejecutivo.

Los protagonistas de este 2 de abril eran hombres civiles (entre ellos algunos suboficiales dados de baja o retirados) que habían participado en el conflicto (un 80 %), jóvenes nacionalistas y familiares de veteranos y de caídos, entre ellos varias mujeres. Los “veteranos” estaban encolumnados detrás de su respectiva delegación provincial, salvo miembros del CAVIM que abrían el desfile portando una corona, imprimían el ritmo general del acto, y marcaban el comienzo y finalización de cada actividad (coordinar la salida y la marcha de las delegaciones, hacer la locución, pronunciar el discurso central). Los asistentes veteranos presentaban una variada pero significativa indumentaria, pasando del traje al uniforme verdeoliva del infante de Ejército o de Marina. Quienes usaban ropa sport, agregaban alguna chaqueta, birrete, borseguíes, cinto o pantalón militar. Los veteranos exhibían sus medallas, algunas otorgadas por el Congreso de la Nación entre 1990 y 1992, otras por las FF.AA., sobre la izquierda del pecho. Algunas delegaciones combinaban la vestimenta informal con remeras uniformes diseñadas por el centro de veteranos correspondiente, y algún símbolo provincial – el escudo frecuentemente acoplado a las Islas. Pancartas, ponchos y el color de las boinas, eran otros distintivos de cada delegación.

Más que el “pueblo argentino” o el porteño indiferente, el principal interlocutor-destinatario del acto parecía ser el Estado Argentino y,

particularmente, el “Estado Federal” si se tiene en cuenta la presencia de las delegaciones provinciales en el centro político del país. Ese vínculo contradictorio con el Estado argentino como receptor y adversario remitía al gran artífice de la decisión de recuperar las Islas y el generador de una nueva identidad social que encarnarían los ex-soldados: los “ex-combatientes” y los “veteranos de guerra”. Pero remitía también al Estado en tanto que principal responsable de la caída de Puerto Argentino – capital de las Islas Malvinas y último bastión argentino en el conflicto –, de graves deficiencias en la conducción bélica, y de la primera “des-malvinización” al negarle a los veteranos los honores de quienes “defendieron a la Patria”. “Se nos escondió como a delincuentes” todos – civiles y militares – siempre recuerdan.

Las últimas ceremonias del 2 de abril convocadas por el CAVIM trataban, por eso, de invertir una derrota en victoria, y el ocultamiento inicial en un acto de presencia marchando por los puntos neurálgicos y políticamente más visibles de la Capital Federal, y por ende, de la Argentina. Los protagonistas del acto no estaban “en” el Estado pero provenían de él; se le ubicaban enfrente y enfatizaban los elementos que los diferenciaban adoptando algunas de sus formalidades, en un esfuerzo por transformar el sentido de la “gesta de Malvinas”, como suelen referir el intento de recuperación.

Confirmaban esta relación ambigua con el Estado argentino varios elementos: iniciar el acto en la Catedral, donde comienza buena parte de las celebraciones oficiales<sup>53</sup>; el desfile militar, y la indumentaria de los protagonistas; el discurso en el Monumento, donde un dirigente solicitaba medidas de reconocimiento al veterano de guerra y celebraba la concreción de otras en la esfera estatal; y dos expresiones en la acusación de la mujer de Carlos. Una fue su alusión a “ex-combatientes” en vez de “veteranos”, término éste que entre 1987 y 1988 se impuso al cronológicamente anterior de “ex-combatiente” en la mayoría de los centros (como el CAVIM) para transformar su temprana identidad de “chicos de la guerra”<sup>54</sup> en la de hombres que lucharon por su Patria. Asimismo, el término “veterano” ubica



a los ex-soldados bajo el mismo rótulo que a los cuadros militares que asistieron a las Islas. En vez, el “ex-combatiente” fue el primer término con que se designó, apenas terminado, a los conscriptos que participaron del conflicto; esa denominación tenía connotaciones de oposición al Estado y, sobre todo, al régimen del 82, por su autoritarismo y por su abuso de muchachos que con sus 18 años eran demasiado jóvenes para combatir. La otra expresión de ambigüedad era lo que identifiqué como “la tercer incongruencia”: la mujer de Carlos me amenazaba con “perder mi empleo en el Estado”, pero ella misma se erigía en portavoz de una organización donde “no queremos gente de inteligencia”. La amenaza sólo sería creíble de esgrimir algún poder al interior del Estado<sup>55</sup> (“vas a perder tu trabajo en inteligencia”).

La acusación de “servicio” me asimilaba a ese interlocutor/ adversario de una causa de Malvinas que los ex-soldados definían como nacida del Estado, pero que debía pertenecer a la sociedad civil. Los veteranos se erigían en sus portavoces ante el Estado, y en guardianes y recuperadores de la memoria civil y nacional ante “la sociedad”. De este juego dual participaban los leales a la causa, que estaban al servicio de la Nación; los indiferentes, que hacía más de diez años habían aplaudido la recuperación y que despertarían algún día de la “desmalvinización” o el olvido; y los traidores, que estaban lisa y llanamente contra la Patria y podían ser asimilados a algunos agentes del Estado nacional, como muchos Generales que comandaron las operaciones del 1982<sup>56</sup>. De estos tres grupos, sólo los traidores no tenían ni tendrán jamás derecho a celebrar la gloria del 2 de abril. Con su advertencia–amenaza y su actitud esquiva, Carlos y su mujer trataron de alejarme de la celebración y de las actividades realizadas por los leales a la Patria quienes, a diferencia de mí, la traidora, observaban una conducta coherente y, por eso, previsible.

Era lógico entonces que hubiera sido la mujer de Carlos, y no él u otro dirigente, quien me hubiera expulsado. Aunque para ellos yo representaba al Estado, mi identidad de género me hacía menos asible, y sólo permitía ubicarme en las sombras del poder. Había tenido ya ocasión de escuchar

decir a varios ex-soldados que reconocerían a “un servicio” mucho más fácilmente que a “una servicio”, y que si ellos estuvieran en el lugar del Estado (también!) enviarían a una mujer. Esto no se debería a la ausencia absoluta de mujeres en los centros de veteranos y las instituciones militares, sino probablemente a una caracterización cultural de lo femenino como pasional, potente e incontrolable<sup>57</sup>. Yo no era miembro de organización de veteranos alguna, no estaba emparentada con ningún veterano, vivo o muerto, ni me había unido sentimentalmente a ninguno de ellos<sup>58</sup>. Como andaba siempre sola, o bien alguien “me bancaba”<sup>59</sup> y yo me empecinaba en negarlo, o bien la información me pertenecía libérrimamente y cualquiera, según mis caprichos, podría ser su receptor. Quién sino otra mujer podría combatirme con mis propias armas?

Por eso, las interpretaciones de aquéllos que explicaron y restaron importancia al incidente atribuyéndolo a la idiosincracia personal o a los celos de una esposa, se justifican si se entiende lo femenino desde esta lógica sin negar – como yo había hecho al principio – la coherencia de las aparentes “incongruencias” de la mujer de Carlos. Tal es así que a los pocos días obtuve cierta confirmación, cuando fui a aclarar con Carlos lo ocurrido. Su primera reacción a mi protesta fue establecer una clara distinción entre él y su esposa: “– Vos sabés con quién estás hablando?”. Para luego aclararme que: “– Esta no es una organización de mujeres de veteranos, ni de esposas de veteranos. Es una organización de veteranos de guerra!”. Al concluir abruptamente nuestro breve intercambio admitió que ya hacía tiempo que todos tenían dudas sobre mi verdadera actividad. Confirmando lo dicho, aquellos otros a quienes conté el incidente (miembros o no del CAVIM) replicaron que no tenían nada que ocultar ni de mí ni de nadie, y que les daba igual que yo fuera o no servicio. Aceptaban mi individualidad pero no mi persona social, pues ninguno negó de plano la acusación.

Si por nuestro género la mujer de Carlos y yo ocupábamos una posición subalterna en la causa malvinera, había sin embargo una diferencia: su



femineidad estaba controlada por su marido y su organización; la mía, en cambio, andaba “suelta” de todo parentesco o afiliación institucional. Mi autonomía de partidos políticos, de hombres y de organizaciones, agudizaba un rol de por sí ya difuso como es la visualización pública del antropólogo como un profesional e investigador. Dado mi tenaz interés en Malvinas, no cabía yo en la categoría de “porteña indiferente”. Por mi independencia de los centros malvineros, tampoco era miembro de una facción opuesta. En tres años yo no había producido nada “útil” y “concreto” para bien de la causa, como Carlos varias veces me lo había solicitado, habiéndome limitado a conocer rostros y términos, a indagar en lo obvio y a merodear por centros y actos, en torno a una causa por la propia Patria que – como todo patriota sabe – no es necesario explicar ni analizar. Por descarte o por tenacidad, yo debía ser servicio.

Pero resta aún otra consideración. La ubicuidad de los servicios de inteligencia recuerda bastante a la de otro personaje que puede encontrarse – aunque no exclusivamente – en ciertas acusaciones en la sociedad argentina. Sólo un joven, que no fue a Malvinas pero sí estuvo ligado con el movimiento de veteranos y con Carlos, sugirió que la reacción suya y de su mujer podían responder a un prejuicio antisemita, a lo cual agregó inmediatamente que Carlos no podía hablar: tenía ascendencia judía.

El antisemitismo ha sido en la Argentina un tema recurrente de denuncia desde la Segunda Guerra Mundial, y de análisis académico desde el artículo señero de Gino Germani “Antisemitismo ideológico y antisemitismo tradicional” hasta la composición ideológica de los movimientos nacionalistas de derecha y de la instrucción doctrinaria de las FF.AA.<sup>60</sup>. Es probable que algún elemento antisemita haya recorrido las mentes de Carlos, de su mujer y de otros veteranos, ex-combatientes y militares profesionales a quienes conocí durante mi investigación pero, como dijo Clifford Geertz, la cultura es pública. Cabría pues preguntarse por qué no se exteriorizó en aquel o en otro momento previo durante mi trabajo de campo? Por qué les llevó

de dos a cuatro años “darse cuenta” de mi judeidad? Y, como en el caso de los celos, por qué después de haber cooperado conmigo la mujer de Carlos expresaría un tardío prejuicio étnico en términos de “inteligencia”?

Dada la ubicuidad con que las ideologías antisemitas creen identificar “lo judío” en el mundo financiero (el internacionalismo usurario capitalista) y en el político (el internacionalismo comunista), hubiera sido más coherente que se me acusara de pertenecer a un servicio internacional o extranjero (CIA o Mossad<sup>61</sup>), y no al SIDE local. Más oportuno hubiera sido que la acusación se produjera durante el gobierno de Alfonsín, al que sectores peronistas y nacionalistas de derecha calificaban como “la sinagoga Radical”, y no durante la gestión de Carlos S. Menem a quien, en todo caso, se sospechaba de “pro-islámico”<sup>62</sup>. Sin embargo, lo más importante de este punto no es negar la presencia del antisemitismo en la sociedad argentina (ni del anti-antisemitismo judío, especialmente tras los atentados a la Embajada de Israel en 1993 y al edificio de la AMIA, en 1994) ni descubrir en él la causa de mi expulsión, sino por el contrario, incorporarla a la lógica general del incidente.

Esto es factible porque si la lógica implícita en las palabras de la mujer de Carlos y en su contexto no es exclusiva de los veteranos, con su acusación yo pasaba a formar parte del modo en que muchos argentinos recordamos Malvinas: una gesta nacional en oposición a, pero surgida de, el Estado argentino. Esta concepción define una noción específica de nacionalidad donde “ser nativo” difiere de las concepciones expresadas en el debate antropológico tradicional. En la Argentina, la nacionalidad es una identidad acotada por y en disputa con el Estado, cuyas manifestaciones son tan ubícuas como en la tercer incongruencia en la amenaza de la mujer de Carlos y en la figura tradicional del judío como traidor y extranjero.

Podría hipotetizarse que, a diferencia de otros países donde su participación estuvo modelada por la esclavitud o la importación masiva de mano de obra, el Estado argentino ha sido el gran delineador de una nacionalidad homogénea, aunque no por eso carente de conflictos. La historia política de este siglo nos



ha enseñado a los argentinos a desenvolvern en la confrontación interna donde el Estado ha sido el principal polo capitalizador de la violencia (entendida como “orden”, “represión” o “supresión”), una violencia que ha operado sobre las mismas bases sobre judíos y no judíos. La ausencia de los británicos de este artículo es análoga a su ausencia del incidente que protagonicé y de buena parte de las memorias argentinas sobre Malvinas. Esa ausencia es inversamente proporcional a la presencia del traidor, figura resultante de una historia político-institucional donde los enemigos internos (de la sociedad y/o del Estado y/o de la Nación) han dejado más deudos y “caídos” que las intervenciones imperiales. Esta definición sobre “ser nativo” en la Argentina vale por igual para antropólogos, ciudadanos y veteranos de guerra.

Por eso mis acusadores y yo entendimos lo mismo de la acusación de “servicio”: su connotación de mentira, deslealtad, engaño, el lado oscuro del Estado en nuestra historia. Pero lo más llamativo del incidente es que ese acuerdo fuera posible entre alguien como yo, contemporánea de la violencia política interna desde fines de los '60, y jóvenes cuyo primer recuerdo y vivencia adulta debía ser la única guerra internacional que protagonizó la Argentina en el siglo XX. Uno de los veteranos con quien comenté el incidente me confesó, tiempo después, que la misma noche de aquel 2 de abril la mujer de Carlos lo había advertido de mi secreta identidad. El veterano le aseguró que sabía cómo cuidarse, y me dijo, comprensivamente, que “— Hay que entenderla. A un pariente lo mató la subversión”. La asimilación entre acontecimientos tan distintos pone en escena la cuestión central: por qué en la conmemoración de una confrontación externa se reavivó un conflicto entre enemigos internos?

## Palabras ... finales?

Si algo queda claro de este incidente son los límites inciertos entre el Estado y la Sociedad, entre el carácter nacional e internacional de un conflicto, entre civiles y militares, y entre una antropóloga nativa y una no-nativa o traidora. Estas ambigüedades, que en un principio se me aparecían como

“incongruencias”, fueron sumamente relevantes para redefinir el objeto de mi investigación – la memoria histórica de la nacionalidad argentina – al tiempo que esclarecían el incidente. Así, lejos de permanecer como una realidad cerrada en sí misma, o como un instrumento para obtener información, el trabajo de campo afecta y es afectado por las relaciones sociales que analizamos en nuestros objetos de investigación.

En otras palabras, la memoria histórica de la nacionalidad – mi objeto – era parte de mi proceso de conocimiento, y esto por dos razones: primero, por la reflexividad inherente a toda la realidad social, nos resulte o no familiar; y segundo, porque a dicho objeto se incorporaba mi pertenencia a la misma sociedad y nacionalidad que los veteranos. Pero, aunque compartiera con ellos esas formas de pensamiento y de reacción, no fue en virtud de esa común pertenencia que pude entender cómo terminé siendo excluída de mi nacionalidad en la celebración de una causa nacional, sino poniéndola en cuestión. Para esto fue necesario eludir tanto las respuestas “consoladoras” como las que recurren al ABC del buen etnógrafo.

Las causas que colegas, amigos, estudiantes y otros veteranos, asignaron al incidente – la mala intención de mis acusadores, a los celos de una esposa, a la tendencia ideológica de la organización, al antisemitismo de Carlos y su mujer, y a la pertenencia de mis acusadores a los mismos servicios a los que me acusaban de pertenecer – debían ser parte del incidente mismo, porque efectivamente me habían sido sugeridas en el mismo universo de significados del que procedía la acusación. Que este universo no era exclusivo de los veteranos de guerra, lo demostraron mis colegas, mis alumnos y mis amigos. Y si para mí como argentina y para otros investigadores sociales “ser servicio” significaba lo mismo que para mis acusadores, esto era porque ellos y nosotros operamos en la misma sociedad, bajo las mismas formas políticas, y con un similar concepto de nación. Era claro, entonces, que en aquellas alternativas de explicación se expresaban supuestos ocultos bajo un manto de familiaridad que todos, legos y antropólogos, habíamos naturalizado.

Cómo procedía esa naturalización? Dejando la nacionalidad incuestionada, bajo el supuesto de que compartir la nacionalidad con los



sujetos de estudio hace posible entablar una mayor confianza, y, por eso, permite al etnógrafo nativo superar más rápidamente algunos preconceptos que otros investigadores menos familiarizados con los sentidos comunes locales. De haberlo creído así – lo que sin duda ocurrió durante buena parte de mi investigación – no hubiera podido explicar el incidente sino en términos de ese sentido común sobre la nacionalidad, del que yo participaba vivencial y no analíticamente.

Por eso yo al principio, y mis diversos interlocutores solían devolver la acusación a los acusadores, a veces en términos personales (es una mujer celosa, son inseguros), a veces ideológico-sociales (son servicios, son antisemitas, tiene ascendencia judía, son “fachos”<sup>63</sup>). Pero esto, lejos de aclarar la cuestión, reforzaba el eje que aseguraba la continuidad de la disputa al soslayar lo casi evidente: que yo pudiera ser expulsada por pertenecer al SIDE, suponía la mera posibilidad de que, en un acto público por una causa nacional, pertenecer al organismo implicara ser un traidor sin derecho a celebrar.

Strathern señalaba que proceder del mismo mundo social que los sujetos no garantiza poder identificar las discontinuidades entre la comprensión indígena y los conceptos analíticos. Pero en este caso ocurría algo exactamente inverso: proceder del mismo mundo social que los sujetos no me garantizaba ser capaz de identificar las continuidades entre la comprensión indígena y mis conceptos indígenas bajo la apariencia de conceptos analíticos. Pero al desnaturalizar el supuesto de la común pertenencia a una misma nacionalidad, la “reflexividad conceptual” me ayudó a entender “en carne propia” un punto central en los debates acerca de las identidades etnonacionales.

Nada de todo esto hubiera salido a la luz de haber concluido rápidas lecciones metodológicas, como que lo tardío del incidente demostró mi fracaso en establecer “rapport” con mis informantes, mi incapacidad para explicar propósitos científicos y para realizar un buen trabajo de campo (todo lo cual es, además, posible). Pero las instancias de campo no son exámenes de buena metodología sino parte de las relaciones sociales que,

a veces, el investigador no puede revertir ni para la situación de investigación, ni “en beneficio de la ciencia y del saber”. Se ha dicho reiteradamente en la literatura antropológica sobre “el campo” que las vicisitudes impactan en las dos personas del investigador, la académica y la social. Pero lo que nosotros como investigadores escindimos con fines académicos, para nuestros interlocutores de campo no se encuentra dissociado. Es esto algo específico del contexto argentino?

Entre las enseñanzas que resultan de este incidente, una me parece crucial y concierne tanto al objeto de mi investigación como a la categoría metodológico-antropológica del “antropólogo nativo”. En su acusación, la mujer de Carlos no hizo más que llamar mi atención hacia un hecho evidente para todos los argentinos: el posicionamiento ambiguo de los veteranos de guerra en las esferas militar (estatal) y civil. “— Chau, Leopoldito!” saludaba a uno de ellos un vecino, aludiendo al comandante en jefe y presidente argentino durante el conflicto, General Leopoldo F. Galtieri (lo cual ponía a aquel veterano fuera de quicio). Esa ambigüedad nace, para este caso concreto, del requisito obligatorio — hasta 1994 — para la población adulta masculina y civil de prestar un año de servicio militar.

Los veteranos que se abocaron a la causa de Malvinas siguieron encarnando desde su regreso al continente la ambigüedad que en ellos introdujo la conscripción, ocupando una posición dual hacia el Estado y la Sociedad Civil. El incidente ofreció un claro ejemplo de esta ambigüedad en la tercer “incongruencia” de la mujer de Carlos. Cabe entonces re-preguntarse: por qué en la celebración de una causa nacional se acusaba a alguien por estar vinculado con el Estado, si los acusadores nacieron de sus entrañas? Y por qué se considera, casi se sobreentiende, que pertenecer a esa rama del Estado (el SIDE) es incompatible con la participación en una causa nacional? La respuesta sería equívoca si nos motivara a establecer distinciones claras, faltas éticas e “incongruencias” en los acusadores; debería, más bien, orientarnos a reconocer, por un lado, la historia de esa compleja y violenta relación entre Estado y sociedad, y por el otro, que esta ambigüedad es inherente a todos los procesos de construcción de las identidades etno-nacionales.



Por eso no creo que sea posible, ni satisfactorio, dirimir si los veteranos de guerra argentinos que participaron en la Guerra de Malvinas y en particular quienes me expulsaron pertenecen “a la sociedad civil” o “al Estado”, como han mostrado ya numerosos antropólogos en sus penosos intentos por establecer incontestables y definitivas categorías de lo “indígena” o lo “judío” o, para el caso que me ocupa aquí, de lo “nativo” y lo “extranjero”<sup>64</sup>. Todas las identidades sociales son necesariamente ambiguas, y es esa ambigüedad la que permite su manipulación. Si entendemos a la nacionalidad como un ejercicio de clasificaciones que reclama una construcción cultural de supuesta homogeneidad, y que opera en el marco del poder político<sup>65</sup>, es claro que los rótulos de “nacional” y “extranjero” son partes del marco donde se negocia quién es (buen) patriota, (buen) judío, o (buen) nativo, y quién es un traidor o un vendepatria.

Lo que debe llamarnos la atención en el contexto argentino son los términos en que se expresa y dirime la nacionalidad. En otras sociedades (Bolivia, Guyana, Nigeria, Sudáfrica o Canadá) factores étnicos como la lengua, la raza, la religión, la cultura, son suficientes para encarar el arduo proceso de negociación que establece la clasificación de pertenencias<sup>66</sup>. Pero en la Argentina éstas se expresan con referencia al Estado y no siempre, como quedó claro en la euforia pública de aquel 2 de abril de 1982, en oposición a él (por eso es lógico que la acusación de “judía” haya ocupado, si alguno, un muy segundo y silencioso plano). En su acusación, la mujer de Carlos pretendía dirimir mi nacionalidad en términos de mi lealtad, la que a todas luces se revelaba ilegítima porque, según ella, yo “hacía inteligencia”, obedecía al Estado y, por eso, me oponía a la Nación. Pero al amenazarme con “perder mi trabajo” se posicionaba a sí misma en la red de influencias oficiales. Y así como en el incidente el conflicto internacional por “Malvinas” se convirtió en un conflicto interno entre los celebrantes, así los veteranos podían vestir como la quintaesencia del poder estatal – el uniforme de las FF.AA. –, o construir un enemigo a partir de su lealtad a ese mismo Estado que los hizo “veteranos” en el Atlántico Sur.

Ahora bien: qué sucede con la “ciencia”? Por qué Carlos y su mujer (e implícitamente los demás veteranos) desconocieron mi “persona académica”? Algunos autores han sugerido que en la Argentina el campo político ha permeado hondamente el campo intelectual<sup>67</sup>. Carlos compartía la acusación de su mujer pero sabía muy bien qué hace un antropólogo. Lo suyo no era ignorancia, sino el recordatorio de que quizás fuera esa relación entre los dos campos lo que ha distinguido – y a veces no en el buen sentido – a la Antropología “nativa” argentina de las Antropologías realizadas en otros contextos, incluso latinoamericanos. Carlos señalaba así que la subordinación del campo académico al político había condicionado nuestra producción, nuestros términos teóricos, nuestros objetos de estudio – siempre me decía “– Que sirva para algo!” – y nuestras relaciones de campo.

\*\*\*

En aquel breve y último encuentro, Carlos hizo una informada analogía. Recordó que, aún como célebre antropóloga, Ruth Benedict había contribuido con *El Crisantemo y la Espada* a la victoria de los Estados Unidos sobre el Japón en la Segunda Guerra Mundial. Esa “contribución” podía haberse leído como “lealtad patriótica”, como militancia “democrática” o “anti-Nazi”, pero Carlos la convirtió en un acto de traición<sup>68</sup>. Probablemente su observación era en parte atinada, pero su lectura, aprendida en su primer curso de Antropología en la Universidad, era estrictamente argentina. Cerraba así toda posibilidad de discusión, negando el sentido de mi investigación, el valor del trabajo de campo etnográfico y la afiliación a mi nacionalidad. Quizás por eso decidí escribir estas páginas, el único final feliz que fui capaz de imaginar cuando vi rechazadas mis propias utopías de pertenencia y de unidad.

Agradezco los comentarios a versiones preliminares de este artículo, de Daniela Daniszevsky, Sabina Frederic, Daniel Liberman, Jorge Pilone, Elías Prudent, Eugenia Ruiz Bry, Mauricio Salas, y Virginia Vecchioli, y muy especialmente los de Patricia Durand, Claudia F. Guebel y Sergio E. Visacovsky, así como las ideas de Rolph Trouillot.



## Notas

- 1 Esta y otra versión preliminar presentada a las I Jornadas de Etnografía y métodos cualitativos, 9 y 10 de junio, 1994 (IDES -Buenos Aires), fueron realizadas con el apoyo de la Fundación Antorchas.
- 2 Investigadora de la Universidad de Buenos Aires y del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET).
- 3 Denominación inglesa del archipiélago de Malvinas, oficializada desde 1833.
- 4 Cito entre comillas los términos habituales con que la literatura sobre Malvinas y los veteranos suelen referirse a la historia del archipiélago y a los hechos de 1982.
- 5 Esta fecha, cuyo significado la mayoría de los argentinos desconoce, y que está peligrosamente próxima al día de la rendición de 1982 (14 de junio), remite a dos episodios relativos a la presencia española y rioplatense en las islas. El primero es la expulsión por la fuerza del asentamiento inglés Port Egmont en una pequeña isla al noroeste del archipiélago (Saunders). La expulsión fue instruida por el Gobernador de Buenos Aires, parte entonces del Virreynato del Perú, Francisco Bucarelli y Uruzúa, en 1770. El segundo corresponde a la fecha de firma del decreto con que el Gobernador de Buenos Aires ya independiente de España, General Martín Rodríguez, creaba en 1829 la Comandancia Política y Militar de las Islas Malvinas. El decreto generó la primera protesta formal de Inglaterra que se arrogaba el dominio del archipiélago (Groussac 1982; Destéfani 1982).
- 6 Como no es mi intención dañar la reputación de ninguno de los actores de este episodio, y como este artículo no guarda ningún reproche sino un acto de reconocimiento, he preferido modificar todo dato que permitiera identificar a los protagonistas reales del incidente y a sus organizaciones.
- 7 El cenotafio recibió esta denominación oficial hasta una refacción operada en 1994, a partir de la cual se llamó "Monumento a los Caídos en la Gesta de Malvinas y el Atlántico Sur".

- 8 Patricia E. Sánchez, comunicación oral, 1993.
- 9 Uno de los comentaristas al artículo de F. Henry afirma que la mejor forma de “demostrar” que uno no es lo que se le atribuye, es simplemente no serlo. Este concepto de “demostración” resulta inadecuado tanto en este incidente, como en las pautas de análisis que se proponen aquí.
- 10 Adler & Adler 1987.
- 11 Rabinow, 1977; Stoller & Olkes, 1987.
- 12 Lo cual no significa que Malinowski y muchos otros fueran uniformemente naturalistas: en sus etnografías esta perspectiva se encuentra en permanente tensión con aproximaciones de tipo interpretativo (Durham 1978; Guber 1994).
- 13 Messerschmidt 1981:9-10; Nash 1975.
- 14 Beattie, en Aguilar 1981:16-17.
- 15 Uchendu, en Aguilar 1981:20.
- 16 D.Nash en Aguilar 1981:17.
- 17 Nukunya en Aguilar 1981:19.
- 18 Aguilar 1981:16-21.
- 19 Entre ellos Holy 1984; Hammersley y Atkinson 1983; Willis 1980.
- 20 Desde el *Return to laughter* de E.Bowen (seudónimo de L.Bohannon) – mucho más que desde Margaret Mead o Ruth Benedict– las mujeres fueron cada vez más explícitas en indicar la manipulación de sus status y roles en el campo, en relaciones sociales y de poder, generalmente asimétricas para ellas (Callaway 1992; ver también Mead 1970; Briggs 1970; Wax 1971; artículos en Golde 1970, Abu-Lughod 1988). Los hombres negros también puntualizaron la presencia de su ‘negritud’ en contextos familiares y exóticos, como hizo Delmos Jones en un barrio



negro de Denver, EE.UU., y en una población campesina tailandesa. Continuaron el debate los antropólogos de países coloniales educados profesionalmente en la Academia central (Altorki & El Solh; Mascarenhas-Keyes 1987; Razavi 1993, etc.).

- 21 Jones 1970.
- 22 Ginsburg 1990.
- 23 Kondo 1986.
- 24 Narayan 1993.
- 25 Aguilar 1981:21.
- 26 Ver Kondo 1986; Page 1988.
- 27 Marcus & Cushman 1982.
- 28 Dwyer 1982.
- 29 Una traducción aproximada sería “miti-y-miti” y se refiere a los descendientes de “nativo” y “extranjero” (Abu-Lughod 1991).
- 30 Uno de los ejemplos más exitosos en este sentido son las reflexiones sobre el trabajo de campo en Marruecos, de Paul Rabinow (1977).
- 31 Watson 1991:80-81.
- 32 Garfinkel 1967:79. Ver también Heritage (1991). Un uso similar y temprano, encuadrado en el enfoque Goffmaniano y sin referir explícitamente a “reflexividad” puede verse en Berreman 1962.
- 33 Ibid 30-31.

- 34 Gadamer en Giddens 1987:56.
- 35 Guber 1991.
- 36 Strathern 1987:17.
- 37 Ibid. Mi énfasis.
- 38 Ibid: 18.
- 39 Ibid.
- 40 Hastrup 1987.
- 41 López 1985, 1987.
- 42 Que estas sospechas están sumamente extendidas, lo demuestran, entre otros, Berreman 1968, Friedl 1970, Nader 1970, y Wax 1971.
- 43 Las asociaciones nacionales e internacionales de antropólogos, por su parte, han venido bregando por el cumplimiento de la ética profesional, denunciando toda actividad de inteligencia y contrainsurgencia bajo cobertura antropológica [Ver F.Boas (1919) con respecto a la Primera Guerra; E.Wolf y J.Jorgensen (1968-70) con respecto a Tailandia y a Vietnam (Berreman 1991; Fluehr-Lobban 1991)].
- 44 Los casos que forjaron en mí esa idea fueron muchos. Por ejemplo, un ex-combatiente le contaba a otros en tono de festejo cómo otro compañero le había pedido a su mujer que se sacase la remera que llevaba puesta, con el nombre, el logo, y la leyenda de la organización, y se la diera como regalo a un camarada de otra provincia que estaba allí de visita. La mujer accedió al pedido pero no tenía nada a mano que ponerse.
- 45 Puede hacerse otra distinción entre los actos por Malvinas realizados por grupos políticos y por las organizaciones de veteranos. En general – aunque no necesariamente – estas últimas excluyen la representación partidaria a través de pancartas, cánticos, insignias y volantes.



- 46 Las ceremonias para el 2 de abril convocadas por otros centros y ligas de centros tienen, más bien, el tono de una tribuna y protesta social, con algunos momentos dramáticos en recuerdo a los caídos. Los pasajes marciales son pocos y breves.
- 47 “Veterano de Guerra” (marcha) de Juan Carlos Rodríguez Lobos.
- 48 Es este carácter celebratorio de la Patria la principal diferencia entre el 2 de abril y el 2 de mayo, hundimiento del Crucero Gral. Belgrano, o el 14 de junio, día de la rendición argentina en Puerto Argentino, dos fechas de duelo.
- 49 Se procede, sí, al corte de calles y a la interrupción del tránsito por la Policía Federal que a veces va abriendo el paso.
- 50 Con algunas excepciones, p.e. uno de los actos del décimo aniversario, en 1992.
- 51 Los actos oficiales suelen hacerse de mañana, en la Catedral Metropolitana o un santuario Católico relevante (p.e., la Basílica Nuestra Señora de Luján o la Iglesia Nuestra Señora de Stella Maris, patrona de los marinos, ubicada en el mismo edificio que la vicaría castrense), e incluyen, aunque no siempre, una revista de tropas en alguna unidad militar (p.e., RII Patricios).
- 52 Una especie de “Big Ben” que la realeza británica obsequió al gobierno argentino en el centenario del primer grito de independencia en el Río de la Plata (1810-1910).
- 53 Hasta la Constitución aprobada en 1995, el presidente de la Nación debía profesar la religión Católica Apostólica Romana.
- 54 Título de una película de Bebe Kamín, sobre texto de Kon.
- 55 Obviamente, no me consta que existan tales conexiones entre este centro o ella misma, y la inteligencia estatal.
- 56 Conversando en general de las desconfianzas que todo veterano guarda con respecto al resto de “la gente”, uno me había comentado, tiempo atrás,

- que “cómo no voy a desconfiar de vos si mis propios jefes me traicionaron en el campo de batalla?”.
- 57 Taylor 1979.
- 58 Cada vez que yo aparecía en un acto, ceremonia, o desfile, quienes no me conocían me preguntaban: “– tenés algún familiar que murió en Malvinas? – tu marido fue a Malvinas?”
- 59 Me respaldaba.
- 60 Navarro Gerassi 1968; Buchrucker 1987; Rock 1993. Para un enfoque distinto, ver McGee Deutsch & Dolkart 1993.
- 61 Lo cual efectivamente ocurrió con dos nacionalistas a quienes vi solamente quince minutos en un acto público, y que se me acercaron para pedirme las fotos de una misa por los caídos en Malvinas. Tiempo después supe qué le habían comentado a veteranos presentes que yo era del Mossad. Uno de ellos les respondió: – Alguien te preguntó algo?!”
- 62 En algunos círculos de viejos nacionalistas algunos se preguntaban: – Salimos de la sinagoga radical y nos metemos en la mezquita menemista?
- 63 Fascistas.
- 64 Varios “situacionalistas” muestran esto claramente. Cada vez que preguntaban a Michael Moerman con qué grupo había trabajado en el campo, no sabía qué responder. La categoría de “Lue”, un grupo étnico tailandés, cambiaba con cada situación, al punto que a veces un Lue podía no ser Lue sino otra cosa.
- 65 Trouillot 1990:25.
- 66 El proceso es siempre arduo, hasta en la prístina y señera República de Sudáfrica cuando, antes de abolirse el apartheid, los sudafricanos de origen chino eran clasificados como “orientales” mientras que los japoneses eran “blancos honoríficos”.



- 67 Sigal 1991; Quattrocchi-Woisson 1992; Neiburg 1993, 1995.
- 68 “... veinticuatro días después (del bombardeo de Pearl Harbor) el American Anthropological Association se sumó al esfuerzo de la guerra. En su reunión anual del 31 de diciembre de 1941, la asociación aprobó la siguiente resolución: ‘Se resuelve que la AAA se ponga a disposición, y ponga a disposición del país, sus recursos y los conocimientos especializados de sus miembros, con el fin de una exitosa prosecución de la guerra’” (Fluehr-Lobban 1991:19. Mi traducción). Un grupo de antropólogos trabajó en la psicología de guerra, formando equipos interdisciplinarios con el Comité para la Moral Nacional y el Consejo de Relaciones Interculturales, entre ellos Gregory Bateson, Margaret Mead y Geoffrey Gorer (quien redactó el primer informe sobre “La estructura del carácter japonés y la propaganda” [1943]). Algunos reportes se centraron en cuestiones del “carácter nacional”. Desde la Oficina de Información de Guerra, Ruth Benedict comenzó a indagar sobre el carácter nacional de Tailandia y Burma, antes de preparar su estudio sobre la cultura japonesa que se publicó bajo el título de “El Crisantemo y la Espada”. La avanzada antropológica de “Cultura y Personalidad” prestó su activo esfuerzo para el entrenamiento de especialistas regionales, y Benedict alcanzó a conocer actividades e información de inteligencia relacionadas con movimientos guerrilleros y clandestinos contra el eje. Sin embargo, en ese entonces, no hubo desaprobación pública ni académica de tales actividades. Sólo dos décadas más tarde, ante la aparición de antropólogos involucrados en tareas de contrainsurgencia en Tailandia – la misma área que había estudiado Benedict– trajeron severos cuestionamientos a la disciplina (Ibid:19-20).

## Bibliografía

ABU-LUGHOD, L.

- 1988 “Fieldwork of a dutiful daughter”, in ALTORKI & EL-SOLH, pp. 139-61.  
1991 “Writing against culture”, in FOX (ed.), pp. 137-62.

ADLER, P. & ADLER, P.

- 1987 *Membership roles in field research*, California, Sage Publications.

AGUILAR, J.L.

- 1981 "Insider research: an ethnography of a debate", in MESSERSCHMIDT, pp. 15-26.

ALTORKI, S. & EL-SOLH, C.F. (ed.)

- 1988 *Arab women in the field. Studying your own society*, Syracuse University Press.

BERREMAN, G.D.

- 1962 *Behind many masks*, Society for Applied Anthropology, vol. 4.  
1968 "Is Anthropology alive? Social responsibility in Social Anthropology", in *Current Anthropology* 9 (5):391-6.  
1975 *Desvendando máscaras sociais*, et. al., Rio de Janeiro, Livraria Francisco Alves Editora.  
1991 "Ethics versus 'realism' in Anthropology" in FLUEHR-LOBBAN (ed.), pp. 38-72.

BOAS, F.

- 1973 "Scientists as spies", in WEAVER, pp. 51-2.

BRIGGS, J.L.

- 1970 *Never in anger*, Cambridge, Harvard University Press.

BUCHRUCKER, C.

- 1987 *Nacionalismo y Peronismo – la Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

CALLAWAY, H.

- 1992 "Ethnography and experience: gender implications in fieldwork and texts", in OKELY & CALLAWAY (ed.), pp. 29-49.

DESTEFANI, L. H.

- 1982 *Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur ante el conflicto con Gran Bretaña*, Buenos Aires, Edipress.



DEVEREUX, S. & HODDINOTT, J. (eds.)

sd      *Fieldwork in developing countries*, Boulder, Colorado, Lynne Rienner Publishers, pp. 152-63.

DURHAM, E.

1978      *A Reconstituição da realidade*, São Paulo, Editora Ática.

DWYER, K.

1982      *Moroccan dialogues. Anthropology in question*, Waveland Press.

ELLEN, R.F. (ed.)

1984      *Ethnographic research. A guide of general conduct*, London, Academic Press.

FLUEHR-LOBBAN, C.

1991      "Ethics and Professionalism", in *Ethics and the profession of Anthropology*, FLUEHR-LOBBAN (ed.) Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

FOX, R.G. (ed.)

1991      *Recapturing Anthropology*, Santa Fe, New Mexico, School of American Research Press.

FRIEDL, E.

1970      "Fieldwork in a Greek village", in GOLDE P., ed., *Women in the field*, Chicago, Aldine Pub., pp. 193-217.

GARFINKEL, H.

1967      "What is ethnomethodology?", in *Studies in ethnomethodology*, New Jersey, Prentice-Hall, Englewood Cliffs.

GERMANI, G.

1968      "Antisemitismo ideológico y antisemitismo tradicional", in *La cuestión judía en la Argentina*, SEBRELI, J.J. (comp.) Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo.

GIDDENS, A.

- 1987 *Las nuevas reglas del metodo sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- 1991 *La teoría social hoy*, in TURNER, J. et.al., México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes -Alianza Editorial.

GINSBURG, F.D.

- 1990 "Quand les indigènes sont nos voisins", in *Archive Europeens de Sociologie et Anthropologie*.

GOLDE, P. (ed.)

- 1970 *Women in the Field*, Chicago, Aldine Publishers.

GROUSSAC, P.

- 1982 *Las Islas Malvinas*, Buenos Aires, Lugar Editorial.

GUBER, R.

- 1991 *El salvaje metropolitano*, Buenos Aires, Editorial Legasa.
- 1994 "La relación oculta. Realismo y reflexividad en dos etnografías", in *Relaciones* (en prensa).

HAMMERSLEY, M. & ATKINSON, P.

- 1983 *Ethnography principles in practice*, London, Tavistock Publications.

HASTRUP, K.

- 1987 "The reality of Anthropology", in *Ethnos*, vol. III-IV (52): 287-300.

HENRY, F.

- 1966 "The role of the fieldworker in an explosive political situation", in *Current Anthropology* 7, pp. 5.

HERITAGE, J.C.

- 1991 "La etnometodología", in GIDDENS, TURNER, et.al. Op.cit.



HOBBSBAWM, E.

- 1990 *Nations and nationalism since 1780 – Programme, myth, reality*, Cambridge, Cambridge University Press.

HOLY, L.

- 1984 “Theory, methodology and research process”, in ELLEN, pp. 13-34.

JACKSON, A. (ed.)

- 1987 *Anthropology at home*, London and New York, Tavistock Publications.

JONES, D.

- 1970 “Towards a native Anthropology”, in *Human organization* 29, 4, Winter, pp. 251-9.

JORGENSEN, J.G.

- 1973 “On Ethics and Anthropology” in WEAVER (ed), pp. 19-61.

KON, D.

- 1982 *Los chicos de la guerra – Hablan los soldados que estuvieron en Malvinas*, Buenos Aires, Editorial Galerna.

KONDO, D.K.

- 1986 “Dissolution and reconstitution of self: implications for anthropological epistemology”, in *Cultural Anthropology* I, pp.74-87.

LOPEZ, E.

- 1985 “Doctrinas militares en Argentina: 1932-1980”, in MONETA, LOPEZ & ROMERO, pp. 101-43.

MARCUS, G. E. & CUSHMAN D.

- 1982 “Ethnographies as texts”, in *Annual Review of Anthropology* 11:25-69.

MASCARENHAS-KEYES, S.

- 1987 “The native anthropologist: constraints and strategies in research”, in *Anthropology at home*, JACKSON, A. (ed.) London, Tavistock Publications, pp. 180-95.

MCGEE DEUTSCH, S. & DOLKART, R.H. (eds.)

1993 *The Argentine Right*, Wilmington, Scholarly Resources.

MEAD, M.

1970 "The art and technology of fieldwork", in *Women in the field*, GOLDE P. (ed.), Chicago, Aldine Publishers, pp. 246-59.

MESSERSCHMIDT, D.A. (ed.)

1981 *Anthropologists at home in North America*, Cambridge, Cambridge University Press.

MOERMAN, M.

1965 "Who are the lue", in *American Anthropologist* 67:1215-30.

MONETA, C.J., LOPEZ E. & ROMERO A.

1985 *La reforma militar*, Buenos Aires, Editorial Legasa.

NADER, L.

1988 "Up the anthropologist: Perspectives gained from studying up", in COLE J.B. (ed.) *Anthropology for the Nineties*, New York, The Free Press.

NARAYAN, K.

1993 "How native is a 'native' anthropologist?", in *American anthropologist* 95(3):671-86.

NASH, J.

1975 "Nationalism and fieldwork", in *Annual Review of Anthropology* vol. 4, pp.225-45.

GERASSI, M. N.

1968 *Los Nacionalistas*, Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez.

NEIBURG, F.

1993 *La invención del peronismo y la constitución de la sociología en la Argentina*, Museu Nacional de Rio de Janeiro, programa de pós-graduação em Antropologia Social (ed. Mimeo), tese de doutorado.



- 1995 "Ciencias sociales y mitologías nacionales. La constitución de la sociología en la Argentina y la invención del peronismo", in *Desarrollo económico* 34(136):533-56.

OKELY, J.

- 1992 "Anthropology and autobiography: participatory experience and embodied knowledge", in *Anthropology & Autobiography*, OKELY J. & CALLAWAY, H. (eds.) London, Routledge, ASA Monographs 29:1-28.
- 1992 *Anthropology & autobiography*, and CALLAWAY, H. (eds.), London, Routledge, ASA Monographs 29.

PAGE, H.E.

- 1988 "Dialogic principles of interactive learning in the ethnographic relationship" in *Journal of Anthropological Research* 44(2):163-81.

QUATTROCCHI-WOISSON, D.

- 1992 *Un nationalisme de déracinés. L'Argentine pays malade de sa mémoire*, Paris, Editions du CNRS.

RABINOW, P.

- 1977 *Reflections on fieldwork in Morocco*, Berkeley, CA, University of California Press.

RAZAVI, S.

- 1993 "Fieldwork in a familiar setting: the role of politics at the national, community and household levels", in DEVEREUX & HODDINOTT (eds.), pp. 152-63.

ROCK, D.

- 1993 *La Argentina autoritaria*, Buenos Aires, Ariel.

SIGAL, S.

- 1991 *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur editores.

STOLLER, P. & OLKES C.

- 1987 *In sorcery's shadow*, The University of Chicago Press.

STRATHERN, M.

- 1987 "The limits of auto-anthropology", in JACKSON, A. (ed.), *Anthropology at Home*, London, Tavistock Publications, pp. 16-37.

TAYLOR, J.M.

- 1979 *Eva Perón. The myths of a woman*, University of Chicago Press.

TROUILLOT, M.

- 1990 *Haití: state against nation. The origins & legacy of duvalierism*, New York, Monthly Review Press.

WATSON, G.

- 1987 "Make me reflexive. But not yet. Strategies for managing essential reflexivity in ethnographic discourse", in *Journal of anthropological research* 43(1):29-41.
- 1991 "Rewriting culture" in FOX (ed.), pp. 73-92.

WAX, R.H.

- 1971 *Doing fieldwork. Warnings and advice*, Chicago, The University of Chicago Press.

WEAVER, T. (ed.)

- 1973 *To see ourselves*, Glenview, Illinois, Scott Foresman.

WILLIS, P.

- 1980 "Notes on method", in HALL, S. (ed.), *Culture, Media, Language*, London, Hutchinson. Versión castellana in RINCUIARE, *Dialogando* 2, 5-13.

WOLF, E. & JORGENSEN, J.

- 1973 "Letter to the student mobilization committee", in WEAVER (ed.), pp. 53-4.

ABSTRACT: In this paper I analyze an incident that occurred to me while doing fieldwork with Argentine veterans of the South Atlantic armed conflict between Argentina and Great Britain (1982). This incident casts some

light on my research object, on how Argentines recall the Malvinas War, and on a traditional debate in Social Anthropology referring to “native anthropologists.” My aim here is to show that fieldwork is a knowledge process that makes part of social reality; that an important part of this process takes place in the field, in the encounter among the researcher and his/her subjects; that knowledge can be deepened if social reality and fieldwork are analyzed reflexively, and if the researcher becomes his/her own informant.

KEY WORDS: reflexivity, fieldwork, subject-object relations, Malvinas war, Argentinian Anthropology.

Aceito para publicação em maio de 1995.